

dantes de una porción de poblaciones. El duque había ocupado luego, sin disparar un tiro, Tonnay-Charente y Marans, «en donde puso fuertes guarniciones para incomodar á los rochelenses,» y se proponía ocupar una tras otra todas las plazas que servían á éstos de baluartes á fin de bloquearlos en el recinto de su ciudad. Después de un primer fracaso (mayo de 1574), había vuelto en 29 de agosto á poner sitio á Fontenay, obligándola á capitular en 17 de septiembre de 1574; luego atacó Lusignán, que el duque de Rohán defendió durante cuatro meses, á pesar de un cañoneo incesante, de los furiosos asaltos, de la ruina de las murallas y del hambre, consiguiendo al fin rendirla y firmándose la capitulación en 25 de enero de 1575.

Aquellas conquistas no podían producir un efecto completo si no se lograba aislar á los rochelenses del mar que, como se decía, era para ellos tan buena nodriza; para privarles de los recursos que les proporcionaban la pesca, el comercio y el corso, un capitán realista, Landereau, desembarcó en la isla de Re (2 de septiembre de 1575), pero cuando avisaba para que acudieran allí las fuerzas y los buques del rey, fué atacado por las fuerzas de la Rochela que le obligaron á reembarcarse.

El rey, al ver lo poco que la guerra le aprovechaba, trató de entablar negociaciones. Después del fracaso de la campaña del Mediodía, habíase resignado á reconocer la asociación de los católicos unidos y de los hugonotes; pero los descontentos de ambas religiones se negaban á firmar la paz antes de haberse puesto de acuerdo con el príncipe de Condé y con los hugonotes refugiados en Alemania. Enrique III había consentido en hacer escoltar hasta Basilea á los representantes de Damville y de las Iglesias protestantes, los cuales regresaron á París acompañados de los diputados del príncipe y en la audiencia que el rey les concedió (11 de abril de 1575) presentaron un largo memorial de agravios que constaba de 91 artículos. El discurso que al presentarlo pronunció Douvet, señor de Arenes, era tan respetuoso en la forma, estaba tan lleno de protestas de afecto y de fidelidad y aludía tan discretamente al recuerdo de aquellas matanzas «cuya herida sangraba todavía,» que el rey pudo hacerse ilusiones sobre la moderación de los peticionarios, y aun cuando se trataba del Edicto de enero, al que los protestantes se referían siempre como la mejor garantía de los derechos de conciencia, Enrique III creyó que podría obtener la paz á buen precio. Por esto contestó afablemente que había «salido de Polonia con los brazos abiertos para recibir por igual á sus súbditos sin distinción de religión;» y entonces d'Arenes, volviéndose hacia la reina madre, le suplicó que favoreciese una empresa tan santa y que aumentase con ello los servicios de que Francia le era deudora.

Estas lisonjas, que debieron parecer excesivas á los sobrevivientes de la matanza de San Bartolomé, no tenían más objeto que endulzar el amargor de las reclamaciones. Los confederados pedían el libre y completo ejercicio de la religión protestante sin reservas ni restricciones en todos los lugares del reino y hasta en las comarcas que, por un título cualquiera, dependían de la corona, como los Tres Obispos, el marquesado de Saluces y el Comtat Venaissin, y querían cámaras

partidas en cada Parlamento para estar garantizados contra la parcialidad de los jueces católicos, plazas de seguridad, la libertad de los mariscales presos, la convocación de los Estados generales, la rehabilitación de las víctimas de las matanzas de San Bartolomé, y el castigo de los asesinos.

Enrique III se había retirado para enterarse de estos artículos; y cuando reapareció fué para declarar en tono irritado que le asombraba la osadía que habían tenido de presentarse delante de él para formularle tales peticiones. Las discusiones que luego sostuvieron los diputados y los consejeros del rey sólo sirvieron para demostrar la intransigencia de ambos partidos. El monarca no quería conceder la libertad del culto más que en las plazas de seguridad y en dos ciudades por cada gobierno, y á esto oponían los diputados sus instrucciones que no admitían restricción ni reserva. Catalina afirmó que su hijo jamás otorgaría el restablecimiento del Edicto de enero; y Enrique III, á fin de aparentar que no quería romper las negociaciones, retuvo á su lado á d'Arenes y á Beauvoir-la-Nocle, y envió á los demás diputados á las provincias para que hicieran modificar su mandato.

Las negociaciones no habían interrumpido las hostilidades. Desde los Alpes al Océano, en el Delfinado, en la Provenza, en el Langüedoc y en la Guiena, los protestantes y los católicos asociados hacían la guerra al rey. En ninguno de los dos bandos había grandes ejércitos, pues las fuerzas estaban repartidas entre varios jefes, cada uno de los cuales disponía apenas de unos cuantos miles de hombres: Montbrun contra Gordes, Damville contra Uzés, Joyeuse y La Valette contra los vizcondes de Gourdon y de Paulín, estos capitanes del rey y de la unión se disputan las plazas fuertes, los castillos, las ciudades y las aldeas. Las partidas saquean y cometen toda suerte de exacciones, y es aquella una guerra de sorpresas, de emboscadas, de escaladas y de actos de audacia. Los protestantes hacen saltar con un petardo la puerta de Aigues-Mortes, y penetran en Castres por un molino y en Annouay por una bodega; uno se aprovecha de los desórdenes del martes de Carnaval para asaltar un recinto mal guardado, y otro se encarama á las murallas en el momento en que un dominico congrega á los fieles en una iglesia y predica contra los herejes. Los cuerpos de guardia tienen motivos para desconfiar de los aldeanos que llevan las carretas al mercado y que á menudo son soldados disfrazados que en un santiamén obstruyen la puerta y asesinan á los guardianes. Es preciso estar ojo avizor en todas partes, escudriñar la campiña é interrogar y registrar á los caminantes, á los que van y vienen, porque la toma de una ciudad significa matanza, saqueo, violaciones.

Esta lucha sin cuartel en todos los puntos del territorio, los peligros de la resignación y las ventajas de la audacia aumentan sin cesar el número de combatientes. Todo el pueblo del Langüedoc, dice Fourquevaux, está levantado en armas. La idea de la religión se obscurece y los odios y las ambiciones particulares engrosan los partidos; y así Damville, que entre los Montmorency se había distinguido por su fervor católico, está al frente de los protestantes, y el duque de Uzés, hugonote y gran saqueador de iglesias, tiene el mando

de los católicos. El ultimátum de la asamblea de Montpellier va firmado por los jefes protestantes y por el vicario general de aquella ciudad. Turena, católico todavía, que declara que antes preferiría ser perro que hugonote, demuestra el mayor celo en hacer levantar el bloqueo de la ciudad protestante de Montaubán (mayo de 1575), y los protestantes y los católicos unidos le nombran jefe del Alto Langüedoc y de la Guiena.

De aquí que las poblaciones acaben por cansarse de esas luchas en las que la religión ocupa un lugar secundario: la región del Vivarais declara su neutralidad y se niega á manifestarse en favor del rey ó de los confederados; los habitantes de Tulle no quieren pagar más pechos á católicos ni á protestantes, pero no pueden hacer resistencia contra las antiguas partidas hugonotes; y el país continuó alimentando la guerra que detestaba.

Entre los jefes de facciosos los hay de gran significación, como Montbrún, jefe de los hugonotes del Delfinado, el cual, cuando el viaje de Avignón, saquea sin escrúpulo los equipajes de Enrique III y, al ser intimado para que se someta, responde: «¡Qué! El rey me escribe como rey y como si yo debiera reconocerlo. Quiero que sepa que esto sería bueno en tiempo de paz y que entonces yo le reconocería como tal; pero en tiempo de guerra, cuando se está arma al brazo y con el culo pegado á la silla, todo el mundo es compañero (1).» Tan afortunado como Francisco I y Julio César, únicos capitanes anteriores á él á quienes los suizos concedían el elogio de haberlos vencido, atacó veintidós de sus compañías (algo más de 4.000 hombres) en la carretera de Chatillon á Die y les hizo rendir armas (13 de junio de 1575); pero poco después, queriendo impedir que se reunieran las fuerzas católicas bajo el mando de Gordes, cargó contra una numerosa tropa mandada por d'Ourches, yerno de aquél, pereciendo en aquel combate sus compañeros y cayendo él de caballo y rompiéndose un muslo. Entregado al parlamento de Grenoble, fué condenado á muerte y ejecutado el día 12 de agosto de 1575, tomando entonces la dirección del partido uno de sus compañeros, Lesdiguières.

El rey y su madre de buena gana habrían tratado á los mariscales presos de la misma manera que á Montbrún, si no hubiesen temido la venganza de Damville. Su lugarteniente en el Langüedoc, el duque de Uzés, no era afortunado, pues si bien había recobrado Saint-Gilles, en cambio se había visto obligado á retirarse hacia Avignón. Los protestantes sorprendieron la ciudad de Alais en 12 de febrero de 1575. Damville, que había estado á las puertas de la muerte (mayo de 1575), se curó, y apenas restablecido, convocó en Montpellier á los representantes de las provincias de la Unión para examinar las contraproposiciones del rey; pero no ocultaba á Enrique III (1.º de julio de 1575) que las crueldades y las devastaciones cometidas por el duque de Uzés habían agriado en extremo á los protestantes, y por ello le aconsejaba, en interés de la paz, que hiciera pronta justicia. La Asamblea encargó á un consejo elegido que formulara las instrucciones que debían ser «seguidas, guardadas y observadas punto por punto»

por los diputados que habían de avistarse nuevamente con el rey. Estos habían de exigir en primer término la concesión del libre, entero, general y público ejercicio de la religión reformada sin distinción ni excepción de lugares, tiempos ni personas, en todo el reino y en todos los países, tierras y señoríos de la obediencia, sujeción y sumisión de Su Majestad, así como la libertad de los mariscales de Cossé y de Montmorency; y en caso de que estas peticiones no fuesen concedidas, se les prohibía entrar en la discusión de los artículos.

III.—Fuga del duque de Alenzón

La corte se hallaba tan dividida como el reino: el rey vivía con una camarilla y para ella tenía, como un jefe de partido, una banda de hidalgos; el duque de Alenzón tenía también la suya y entre los militares partidarios de estos hermanos enemigos eran frecuentes las disputas. A Enrique III no le faltaban justos motivos para desconfiar del duque de Alenzón, falso, pérfido y ambicioso, de quien sabía que estaba en relaciones con Damville, con La Noue, con Turena y con todos sus enemigos de dentro y fuera del reino, y se vengaba de él del mismo modo que él conspiraba, es decir, con bajeza, haciendo que lo insultaran sus favoritos. Uno de éstos, Luis de Beranger, señor del Guast, declaraba que si el rey ordenaba que agredieran á su hermano, no vacilaría en obedecerle. El duque había hecho desertar del bando real al más valiente al par que más violento de sus hidalgos, á aquel Bussy d'Amboise, célebre por su valor, por sus duelos, por su orgullo desmedido propio de un rey, y por el amor de la reina de Navarra; y Enrique III, furioso por aquella defección, encargó á du Guast que tomara venganza del traidor. Du Guast le esperó una noche á la salida del Louvre y se le echó encima con doce ó quince jinetes; Bussy escapó milagrosamente y al otro día, dice Brantome, quiso provocar y amenazar, pero se le hizo comprender «que le iría mal y se le avisó que cambiase de aire» y saliese de París.

Las damas tomaban también partido por unos ó por otros y el rey las provocaba á ello, burlándose con delicia de sus debilidades y no perdonando, en su malignidad, ni á sus más allegadas, pues era tan maldiciente como corrompido. Divulgaba los amores de su hermana Margarita, los denunciaba á Catalina y procuraba picar el amor propio del rey de Navarra, echándole en cara su indiferencia. Margarita, por despecho y por deseo de venganza, había abrazado la causa del duque de Alenzón, había llevado á la misma á Bussy y habría conquistado para ella á su marido si no le hubiese retenido la hermosa señora de Sauves que militaba en el bando opuesto. Esta mujer encantadora, á la que también galanteaba el duque de Alenzón, fomentaba con sus calculadas complacencias los celos de los dos cuñados á quienes había hecho reñir y armado el uno contra el otro. El rey de Navarra, con su buen humor y su bravura un tanto fanfarrona de joven gascón, decía estar resuelto á combatir.

«Casi siempre estamos dispuestos, escribía, á degollarlos los unos á los otros. Llevamos daga, cota de malla y á menudo la coraza debajo de la capa... Toda la liga que conocéis me quiere mal de muerte por el

(1) Brantome, ed. «S. H. F.», V, págs. 423-424.

amor de Monsieur y por tercera vez han prohibido á mi querida (Carlota de Sauves) que me hable y la tienen tan sujeta que no se atreverá á mirarme. Sólo espero el momento de dar una pequeña batalla, porque dicen que me matarán y quiero cogerles la delantera (1).»

El duque de Alenzón, jefe reconocido de los descontentos y de los hugonotes, estaba preso en el Louvre; Enrique III tenía la prueba de sus complots y hasta le creía capaz de querer atentar contra su vida, y era tal el odio que le profesaba, que durante una enfermedad de la que creyó morir (junio de 1575) invitó al rey de Navarra á que, si se ofrecía el caso, se apoderara de la corona. El duque de Alenzón trataba de huir de la prisión, de escapar de la muerte tal vez; pero el rey espiaba todos sus movimientos, y una noche en que le vió abandonar temprano un baile, se alarmó, quiso mandar detenerle y le puso guardias. Catalina hubo de hacer grandes esfuerzos para calmar al monarca. La reina madre preveía los peligros que para la familia real entrañaban esas discordias y el duque se aprovechó de esta disposición de ánimo para engañarla, multiplicando sus protestas de arrepentimiento, disculpando sus intrigas con su miedo y convenciéndola de la inocencia de sus intenciones. En la noche del 15 de septiembre de 1575, el de Alenzón huyó del Louvre y de París. Catalina, que advertida de este proyecto de fuga no había querido darle crédito, hizo cuanto pudo para reparar el mal y envió en persecución del fugitivo al duque de Nevers, esperando por un momento que podrían sorprenderle en Dreux, puesto que allí no tenía «hombres tan hábiles que pudieran enseñarle alguna treta que aun no supiera;» pero Francisco fué más astuto que ella y logró escapar. El duque de Montpensier no supo ó no quiso cortar el camino del Loira, y la nobleza, á pesar de las excitaciones del rey, se negó á montar á caballo para correr tras el presunto heredero. Enrique III estaba tan desacreditado, después de un año de reinado, que muchos millares de hidalgos se declaraban partidarios de Monsieur (su hermano) é iban á juntarse con él.

Aquellas defecciones eran tanto más graves cuanto que se preparaba una invasión. Condé había negociado con los príncipes alemanes y con el Elector palatino, y los subsidios de Inglaterra y el empeño de las joyas de la casa de Montmorency le sirvieron para reclutar 6.000 raitres y 6.000 suizos. Juan Casimiro, hijo del Elector, que durante mucho tiempo había regateado su cooperación, se decidió al fin á juntarse con 2.000 raitres y 2.000 lansquenets, no sin antes haber recibido la promesa del gobierno de Metz, de Toul y de Verdún. Mientras se reunían estas fuerzas y Condé anunciaba en un manifiesto su próxima entrada en Francia, Thoré se le anticipó con 2.000 raitres, 500 caballos franceses y gran número de arcabuceros; y aunque Catalina le hizo decir que si no se detenía le enviaría la cabeza de su hermano, siguió su marcha y penetró en la Champaña.

La unión de las tropas extranjeras con los rebeldes del Mediodía era una eventualidad temible, sobre todo si

(1) *Lettres missives*, I, pág. 81. Berger de Xivrey fecha equivocadamente esta carta en enero de 1576, cuando evidentemente es anterior á la fuga del duque de Alenzón, es decir, al 15 de septiembre de 1575.

el duque de Alenzón, heredero presunto, tomaba el mando de los coligados dando con ello una apariencia de legalidad al empleo de la fuerza. Catalina corrió á avisarse con su hijo, celebrando su primera entrevista con él en Chambord (29-30 de septiembre); el duque exigió ante todo que fuesen puestos en libertad los mariscales, á lo que asintió de mala gana Enrique III (2 de octubre). La reina madre hubo de discutir luego las condiciones del duque y de los descontentos, pero en todas partes encontraba dificultades; en la corte, todos los que temían la reconciliación de la familia real, asediaban con artificios al rey y le decían que ceder era una vergüenza; y Catalina, temerosa de ofenderle y á fin de decidirle á la paz, se mostraba tierna, diciéndole «vois sois mi todo,» y le recordaba las lecciones de la historia.

«Acordaos del rey Luis XI...: había entrado (en un mal paso) por consejo de los que querían mal á su hermano y habían sido causa de que á su advenimiento á la corona no hubiese hecho caso á la nobleza ni al viejo servidor de su padre, todos los cuales se pusieron al lado de su hermano porque él de bien pocas cosas hacía caso...» «Se vió en los mismos apuros en que vos os veis y dió una batalla porque los que estaban cerca de él y de su hermano no quisieron al principio que hiciese la paz, y después de la batalla vió obligado á hacerla y más desventajosamente que antes. Cuidad de que no os suceda lo propio.»

La paz, es preciso hacer la paz; tal es el consejo que en todas sus cartas encontramos; y aunque la derrota de Thoré en Dormans por el duque de Guisa (10 de octubre) le parecía llegar muy oportunamente para reducir las exigencias de los rebeldes, este triunfo no la ofuscaba y no creyó al rey libre de dificultades hasta después que hubo firmado con su otro hijo el convenio de Champigny. En éste se pactaba una tregua de siete meses (21 de noviembre de 1575 á 24 de junio de 1576) durante la cual el duque de Alenzón recibía para su seguridad Angulema, Niort, Saumur, Bourges y la Charité; á Condé se le daba Mezieres; se otorgaba á los protestantes el libre ejercicio del culto en todas las plazas que ocupaban y en dos ciudades más por gobierno; y en cuanto á los raitres se les darían quinientas mil libras y no pasarían el Rhin.

Catalina esperaba que estas concesiones serían los preliminares de la paz; pero el gobernador de Angulema, Ruffec, y el de Bourges, La Chatre, se negaron á desprenderse de las ciudades en que gobernaban y fué preciso buscarles compensaciones. Además, la reina madre contaba con una disciplina que no existía en la coalición; en efecto, aun queriéndolo su hijo, no había medio de detener la marcha de Condé y de Juan Casimiro. La corte se burlaba de la negociadora y no cesaba de decir que ésta había sido víctima de un engaño.

El ejército de invasión, compuesto de unos 20.000 hombres, hallábase en diciembre reunido en Lorena y el 9 de enero de 1576 pasaba el Mosa cerca de Neufchateau. El rey, que había dificultado las negociaciones de su madre sin decidirse á tomar las armas, encontrábase desprevenido. Los invasores atravesaron la Borgoña devastándola y desde allí penetraron en el valle del Loira y se dirigieron al lugar en que los confederados se habían dado cita, en el centro de Francia, en la lla-

nura del Limagne. Catalina podía esperar que el duque de Alenzón por lo menos se mantendría neutral, y tal vez favoreció la fuga del rey de Navarra (2-5 de febrero de 1576) para devolver á los protestantes su jefe natural y para que su hijo se disgustase de un mando que le sería forzoso compartir con aquél; pero el duque, temiendo el resentimiento de su hermano y calculando las ventajas que podría procurarle una victoria decisiva, acusó á los enemigos que tenía en la corte de que habían querido envenenarle y con este pretexto rompió sus compromisos (diciembre de 1575) y se marchó al campamento de Villefranche en donde se le juntó Turena con 3.000 arcabuceros y 400 caballos. Damville se había negado á salir del Langüedoc.

El ejército de los confederados sumaba entonces 30.000 hombres, fuerza suficiente para dictar la ley al rey; pero Francisco de Valois sintióse nuevamente acometido de sus habituales vacilaciones, no atreviéndose á marchar sobre París por miedo de ofender mortalmente á su hermano y temiendo también las exigencias de los protestantes victoriosos. Condé, Juan Casimiro y Turena se cansaron de sus tergiversaciones y le hicieron comprender que si para tal día no se decidía á ponerse en marcha, «verían lo que habían de hacer sin esperarle más,» intimación que le obligó á ponerse al frente de ellos. Los coligados habían pasado el Loira, los raitres acampaban en las inmediaciones de Montargis y de Pithiviers, y al rey no le quedaba más recurso que soportar las condiciones de los vencedores. Para discutir y rebajar sus exigencias, Enrique III envió á su madre, firmándose entonces la paz cuyas cláusulas fueron promulgadas en forma de Edicto de pacificación en el castillo de Beaulieu, cerca de Loches (6 de mayo de 1576).

Enrique III declaraba que «los desórdenes y excesos cometidos el 24 de agosto y días siguientes» habían sucedido muy á su pesar y disgusto, y las víctimas de la jornada de San Bartolomé quedaban rehabilitadas, lo propio que La Molle y Coconat, cómplices desdichados de Francisco de Alenzón.

El ejercicio del culto, prohibido en París y en los sitios en donde se encontrara la corte, pero sólo por el tiempo que ésta residiera en ellos, era autorizado «en todas las ciudades y lugares del reino, países de obediencia y protección del rey, sin restricción de tiempo ni de personas.» Los protestantes recibían ocho plazas de seguridad, y en cada Parlamento se instituirían cámaras partidas. Estas concesiones eran la ratificación casi íntegra de las peticiones formuladas en marzo de 1575 á Enrique III por los diputados de las Iglesias y de Damville. Los mariscales de Cossé y de Montmorency habían sido reintegrados en sus cargos y dignidades; Damville conservaba aquel gobierno del Langüedoc que hacía de él una especie de virrey muy independiente; y Francisco de Alenzón obtuvo como dotación el Anjou, la Turena y el Berry, y además la cesión de la Charité, que se le hacía en un artículo secreto, le aseguraba el paso del río por el sitio por donde tantas veces lo habían atravesado las bandas y los fugitivos protestantes. En el Sudoeste, el partido de los hugonotes y de los descontentos se apoyaba en el rey de Navarra que acababa de entrar nuevamente en sus Estados y de abandonar el catolicismo.

Juan Casimiro había desistido de sus pretensiones sobre los Tres Obispados, pero reclamaba el pago de antiguas deudas, cuatro meses de sueldo y la indemnización de guerra que el rey le había prometido. A pesar de la habilidad del superintendente de hacienda, Bellievre, que hizo dinero de todo, las cuentas no se saldaban, y Juan Casimiro declaró que no saldría del reino sin que antes le pagaran. Los raitres se diseminaron por los campos y se indemnizaron á costa de los habitantes, tomando por asalto las aldeas que se resistían y cometiendo toda clase de excesos. Aquel ejército extranjero se retiró lentamente al través de la Champaña y de la Borgoña, y como Bellievre no conseguía pagar las deudas, Casimiro le hizo detener y se lo llevó preso á Heidelberg para que presenciara allí su entrada triunfal.

CAPÍTULO II

LA LIGA DE 1576 (1)

I. El rey y el partido de los Guisa.—II. Los Estados generales y la unidad religiosa.—III. Poder del rey y derechos de los Estados.—IV. La guerra y el edicto de Poitiers.

I.—El rey y el partido de los Guisa

La victoria de los protestantes ofendía demasiadas pasiones y prejuicios, puesto que imponía á la mayoría católica la obligación no ya de soportar, sino de respetar en sus manifestaciones y en su propaganda á una minoría á la que detestaba. El rey tenía la paz, pero se avergonzaba de ella y le remordía el haberla firmado, así es que retiró su favor al obispo de Limoges, Sebastián de l'Aubespine, que había ayudado á Catalina de Médicis en sus negociaciones; pero acaso se habría resignado si la indignación de los católicos no le hubiese hecho entrever la posibilidad de un desquite.

Las masas no llegaban todavía á acusar su tibieza, pero se veían obligadas á reconocer su impotencia. Va-

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine de Médicis*, V. Berger de Xivrey, *Recueil des Lettres missives de Henri IV*, «Coll. Documents inédits,» I, 1843. (Lalucé y Duval) *Forme générale et particulière de la convocation et de la tenue des Assemblées nationales ou États généraux de France*, Barrois, 1789, 3 vol. Los mismos, *Recueil de pièces originales et authentiques concernant la tenue des États généraux*, 1789, II y III. Los mismos, *Recueil des cahiers généraux des trois ordres*, 1789, I. Dubois, *La ligue, documents relatifs à la Picardie*, 1859. *Archives curieuses*, IX. (Goulard), *Mémoires de la Ligue*, 1758, I. Loutchitzki, *Documents inédits pour servir à l'histoire de la Réforme et de la Ligue*, 1875. De Thou, *Histoire universelle*, 1734, VII. D'Aubigné, *Histoire universelle*, V, 1891. Palma Cayet, *Chronologie novenaire*, 1589-1598, Introducción, «Pantheon littéraire» reed. de 1875. Pedro Mathieu, *Histoire de France*, I, 1631.

OBRAS DE CONSULTA: G. Picot, *Histoire des États généraux*, 1888, III. A. Desjardins, *États généraux*, 1871. E. Charleville, *Les États généraux de 1576. Le fonctionnement d'une tenue d'États*, 1901. Enrique de l'Épinois, *La ligue et les papes*, 1886. Bouillé, *Histoire des Guise*, 1850, III. Forneron, *Les ducs de Guise*, II. Delaborde, *François de Chatillon, comte de Coligny*, 1886. De Bremond d'Ars, *Jean de Vivonne, sa vie et ses ambassades près de Philippe II et à la Cour de Rome*, 1884. H. Baudrillart, *Jean Bodin et son temps*, 1853. G. Weill, *Les théories sur le pouvoir royal en France pendant les guerres de religion*, 1891. R. Treumann, *Die Monarchomachen. Eine Darstellung der revolutionären Staatslehren des XVI Jahrhunderts*, 1573-1599, Leipzig, 1885.